

Entre el despojo y la memoria

Los warao que reexisten en Pacaraima

Minerva Vitti Rodríguez*

MINERVA VITTI RODRÍGUEZ

Los indígenas que decidieron salir de sus caños se llevaron sus raíces de manglar. Ahora, en nuevas tierras, siguen luchando porque saben que el origen es la fuente y si se olvidan de esto desaparecerán

Desde hace tiempo algunos warao cambiaron el agua de sus caños por el asfalto de la ciudad. La flecha que les abrió el suelo del cielo y les mostró la abundancia de alimento, como cuenta uno de sus mitos fundantes, aún yace en sus memorias. Los warao extrañan su *wajibaka* (curiara) de cachicamo rojo y sus *jai* (canalete o

remo), para surcar las aguas del Orinoco. *Wajibaka* que es movimiento pero también tálamo mortuario. El laberinto de los caños del delta se abre en una nueva geografía, “aquí nos sentimos yendo a canalete”, dice Encisa, mujer warao. “A canalete”, día tras día, porque deben superar muchos obstáculos. *Ka nojibata taera* (somos valientes). Ahora su *janoko* (casa) es el “Abrigo Janokoida”, un albergue que brinda refugio a 523 warao en Pacaraima, Brasil.

Es 2 de diciembre de 2018 y una parte de los warao que se fueron de Venezuela están reunidos en el Centro de Atendimiento Infantil “Jesús Peregrino”, una iniciativa de la parroquia Sagrado Corazón y las hermanas misioneras escalabrinianas¹, donde los warao aprenden portugués y enseñan su idioma a la niñez y juventud de su pueblo.

Es un salón amplio con un pizarrón que tiene una clase escrita en portugués y un dibujo de un pulpo rosado pegado a la pared con los números en warao. Hay mujeres, hombres, jóvenes y ancianos sentados en las mesas que forman un rectángulo: Darwin Jesús, Otilio, Darwin José, Amarilis, Ennis, Jesús, Israel, Encisa, Raúl, Alexander y Nelly.

La mayoría son docentes que viven en el Abrigo Janokoida, y que durante el día asisten al Centro de Atendimiento. Hoy cada uno se levanta y comparte las razones de su decisión de salir del país: “porque ya se me había muerto una hija y no podía perder otra”, “porque se me murieron dos niños con sarampión y quería vacunar a los otros”, “porque sembré conuco y mientras se da la cosecha debo resolver”, “porque mi hermana tiene tuberculosis, el tratamiento es fuerte y necesita comer”, “porque necesitamos el tratamiento antirretroviral para el VIH”, “para poder ayudar a mi familia”.

Una de las personas que los acompaña en Pacaraima es el padre Jesús Boadilla. Este religioso de ojos azules, cabellos blancos y piel rosada, comenzó a ayudarlos con el Café Fraternal, sirviendo ochenta desayunos, que luego se convirtieron en 1.600, a los venezolanos que llegan a Pacaraima; continuó con el Centro de Atendimiento Infantil “Jesús Peregrino”; y ahora está armando un proyecto de preparación en oficios para los warao. “Integrar no es desplazar a las grandes ciudades. Integrar es preparar para que los warao se desenvuelvan dignamente en este nuevo contexto”.

MEMORIA PARA SANAR EL DOLOR

Encisa Borja, piel canela, robusta, serena, dibuja el río Arawavisi, la curiara y el canalete.

Yo iba a recoger el moriche, cuando llegaba el tiempo. El moriche es el árbol más importante para el warao. Con la fibra de las palmas se

hace la artesanía; con el tronco la fermentación de la yuruma; dentro del palo, pasando quince días, se recoge el jugo; pasando un mes, se recoge el gusano. Por eso decimos que la mata es como la mamá del warao. Ahora no hay motores fuera de borda, porque no hay gasolina. Vamos a canalete. A mí me encanta la fruta. Los viernes llega aquí al mercado [en Pacaraima] la fruta de moriche. Como somos como quinientos, a veces se termina y no lo puedo comprar. Cuando cuento lo del moriche siento que estoy en mi comunidad.

Lo primero es la memoria.

Darwin Jesús, joven, cabello negro y voz tranquila:

Aquí tengo dos dibujos: el primero es Jakariyé, la escuela donde trabajé por nueve años. El segundo es la comunidad de Janokosebe donde habité por catorce años. Me dijeron que la comunidad está abandonada, que la mayoría estamos acá, muchas casas han sido hurtadas, me da tristeza al ver que los warao siguen siendo usados en tiempo de elecciones y cuando pasa esto más nunca los van a visitar. Yo estoy aquí [Brasil] y a veces pienso que estoy allá [Venezuela]. Es un vivir diario... Tengo ganas de volver. Pero analizo: ¿qué va a ser de mis hijos?

Lo primero es la memoria. Traducirla. Desmenuzarla. Compartirla. Hacerla de todos, sobre todo si esa memoria contiene dolor. Que el dolor sea una experiencia que se viva colectivamente. Que el lamento interpele la existencia en su totalidad. Porque no hay posibilidad de un “yo” sin un “nosotros” y a través del sufrimiento se descubren los lazos constituyentes con los otros.

Jean Paul Ricoeur, filósofo y antropólogo francés, habla de la “espiritualización del lamento”, es decir, el camino de sabiduría para lidiar con las complejidades emocionales que emergen luego de la pérdida de un ser querido. Esta “espiritualidad” integra el pensar, el sentir y el hacer. El pensar es un proceso especulativo que busca comprender el porqué de la situación; el sentir permite elaborar el sufrimiento por la muerte; finalmente el hacer se vincula con las acciones que puede llevar adelante la persona (o las personas) en contra de la violencia, la pérdida y el dolor.

Por eso este espacio de puesta en común es una forma de tramitar el dolor, desde el encuentro cotidiano y colectivo, muy en sintonía con la comunitariedad que constituye la espiritualidad indígena.

LA MIGRACIÓN DE LOS WARAO A BRASIL

Mucho antes de la emergencia humanitaria compleja que atraviesa Venezuela, los warao, el segundo pueblo indígena más numeroso de es-

te país, también abandonaba el delta del Orinoco, principalmente por la presión existente en su territorio: proyectos extractivistas, pérdidas de sus tierras, salinización y contaminación del río Orinoco, que afecta sus cultivos y enferma; epidemias e inseguridad.

Con el tiempo comenzaron a trasladarse a las ciudades en Venezuela para pedir dinero. La medida de los gobiernos siempre fue darles una bolsa de comida y regresarlos en un autobús. Esto incentivó aún más los desplazamientos.

Desde 2014 viajaron más lejos. Primero llegaban a Santa Elena de Uairén, en el estado Bolívar. Pedían en las calles, comían de la basura, dormían en el terminal de autobuses. Hubo varios choques culturales con los pemón, pueblo indígena que vive en el estado Bolívar, porque estos no entendían cómo un indígena podía vivir de la mendicidad.

Entonces los warao continuaron su viaje hasta Pacaraima, se ubicaron en el terminal y bajo los techos de algunos negocios. En Brasil todo era más difícil. No tenían alimento, acceso a agua potable, ni un lugar donde dormir.

En tres años (2014, 2015 y 2016) se registraron 532 deportaciones². Hasta que el juez 4º de la Corte Federal concedió un *habeas corpus* interpuesto por el Defensor del Pueblo de la Unión y suspendió la expulsión de los indígenas³.

Luis Ventura, integrante del Consejo Indigenista Misionero, dice que hay entre 3 mil 500 y 4 mil indígenas warao en Brasil. Si tomamos en cuenta que, de acuerdo al censo 2011, en Venezuela hay 48 mil 771 warao, esto significa que 8 % de los warao ha migrado hacia Brasil.

Los indígenas se encuentran principalmente en Pacaraima, Boa Vista, Manaos, Santarém y Belém. Los primeros tres conectados por carretera y los últimos (desde Manaos) conectados por el río Amazonas. Muchos de ellos viven en albergues indígenas como Pintolandia (567 warao), en Boa Vista, y Janokoida (523 warao), en Pacaraima; en casas alquiladas que funcionan como albergues (Manaos y Belém); en situación de calle. En estos lugares también hay presencia de indígenas eñepa y, más recientemente, de kariña, otros pueblos indígenas de Venezuela.

Los albergues indígenas son administrados por el ejército brasileiro y la organización Fraternidade-Federación Humanitaria Internacional.

Entre enero y abril de 2019 se creó Ka-Ubanoko, que significa lugar donde nos quedamos. Este es un espacio público que estaba abandonado y que tomaron los indígenas warao que se encontraban en situación de calle en Boa Vista. Hoy comienza a gestarse como una experiencia de autogestión y uno de los objetivos es administrar los espacios y la convivencia desde una perspectiva propia (organización por familias). En Ka-Ubanoko viven aproximadamente tres-

cientas personas entre indígenas warao, eñepa, kariña y no indígenas.

NUEVOS PROBLEMAS EN NUEVO TERRITORIO

Si lo primero es la memoria, lo segundo es el presente: recoger las ruinas en otra geografía e intentar hacer con ellas un nuevo *janoko*.

Desde 2017 muchos de estos maestros y maestras viven en el Abrigo Janokoida, ubicado en Pacaraima. Dentro del albergue los warao están organizados por *aidamos* (jefes de familia), así coordinan la limpieza del lugar. Les dan bolsas de comida por grupo familiar y en dos congeladores grandes meten el pollo y el pescado, identificados con sus nombres. Tienen baños donde cambiarse y hay una organización que les lleva productos de aseo. Hay doctores que los atienden todo el día. Los warao cuentan que los han visitado distintas organizaciones de derechos humanos.

Pero ahora, en este lugar, tienen nuevos problemas, la mayoría asociados al hacinamiento y la convivencia. Dentro del albergue hay parejas warao y *jotarao* (no warao), entonces ocurren choques culturales. Los ancianos warao se levantan muy temprano a contar historias ancestrales, una costumbre de muchos pueblos indígenas como forma de transmisión de su cultura, pero algunos warao, especialmente los que han vivido en la ciudad y no hablan el idioma, dicen que los ancianos “les interrumpen el sueño”. Cuando cocinan en el albergue el humo los afecta. A veces les falta agua y se enferman con diarreas. Hay drogas y enfermedades de transmisión sexual entre los jóvenes.

Cuando hay conflictos, el ejército interviene. Cuando un niño llora el ejército interviene. Cuando los niños pelean, los adultos pelean. Por las noches son alumbrados con las linternas de los que vigilan el albergue.

Como este modelo de albergue es muy tutelado, las dinámicas socioculturales están interferidas. Un factor importante es que cuando los indígenas migran deben reconfigurar sus formas de organización tradicional en un nuevo territorio. En el caso de los warao, muchos de los jefes o líderes tradicionales se han quedado en Venezuela. Ahora, en el nuevo territorio es líder quien maneja mejor el portugués, porque es el que se relaciona con las autoridades brasileiras, y esto no necesariamente representa ese rol dentro sus comunidades tradicionales.

Otro de los problemas que enfrentan en el nuevo territorio es la xenofobia hacia los venezolanos. Aunado a que los migrantes indígenas tienen mayor probabilidad de ser discriminados, porque se hacen más latentes las tensiones entre la cultura indígena y la cultura occidental.

Para cocinar la comida que les entregan en el albergue, los indígenas deben buscar leña en un

lugar que queda a dos horas de camino. Los brasileiros los amenazan con machetes, porque se están llevando “su leña”. Cuando llueve es peligroso porque salen serpientes y ya ha habido dos personas con mordeduras.

Todo esto ocurre en medio de un contexto caracterizado por la política anti-indigenista del presidente brasileiro Jair Bolsonaro⁴.

LA IDENTIDAD EN TIERRA EXTRANJERA

Lo tercero...

Para Raúl Zapata:

El Arco Minero está destruyendo selva y vegetación, río Orinoco va bajando el nivel de agua, en poco tiempo ya no va a poder viajar para allá. En Tucupita, siendo tierra del agua, como no hay tratamiento de agua, no se puede beber agua del río. Nosotros seres humanos somos culpables porque estamos destruyendo el corazón de la Amazonia. A ellos no les importan porque son ricos. Ambición de dinero y oro.

Él vivía en Winikina, en el delta del Orinoco, pero hoy lleva consigo la canción del destierro, los recuerdos, y la sabiduría acumulada en sus cabellos blancos. Quizás para las maestras y maestros sea una fortuna tener un anciano, portador de la cultura warao, en medio de ellos.

Cuando termina de hablar, todos aplauden. Entonces recuerdo a Hubert Matiúwàa, un poeta del idioma mè'phàà, que se habla en el estado de Guerrero, México. Él ha aprendido a nombrar el dolor y las violencias a las que es sometido su territorio a través de la poesía. En una entrevista Huber se pregunta:

¿Cómo plantear una nueva identidad, cuando ya no tienes lugar para planteártela? La memoria no es nada más una cosa etérea, la memoria también es algo físico. Si regresas a un lugar y ya no encuentras nada, ¿dónde vuelves a replantearte esa memoria? ¿En qué espacio vuelves a recuperarla, si ya no existe? Tenemos que estar obligados a replantearnos nuevas formas de hacer memoria, ir pensando cómo vamos configurando nuestra identidad.

Los warao que decidieron salir de su territorio, que es el principal enlace con la Madre Tierra, la memoria colectiva y la reproducción cultural de su pueblo, lo hicieron porque ya no encontraban allí la vida digna, y la violencia estructural amenazaba con arrasarlos. Impulsados por el espíritu de la vida y la búsqueda de la tierra sin mal, que forma parte de la espiritualidad indígena, se montaron en su *wajibaka* (curiara) para ver si la vida es posible en otra parte.

Entonces la pregunta de Huber cobra fuerza porque para los que salen, los migrantes indíge-

nas, el reto es igual o más difícil que el que tienen los que se quedan en su territorio. Es preciso arraigarse a lo que son para poder vivir en un mundo cultural distinto sin que este los absorba, porque lejos de casa se hace más latente la pregunta: ¿quién soy?

Lo primero es la memoria, lo segundo es el presente, lo tercero... es reexistir.

¿CÓMO REEXISTEN LOS MIGRANTES INDÍGENAS?

Quizás como este grupo de maestras y maestros warao que aprenden un nuevo idioma pero continúan hablando el suyo. Que recuerdan con raíz profunda su territorio. Que enseñan a la niñez y la juventud su cultura a través de las historias de origen. Que encuentran la mano tendida de muchos aliados. Quizás como en Ka-Ubanoko, que es una forma de resistencia, un ejercicio de decir “cómo queremos organizarnos en el nuevo territorio”. Sí, los warao son valientes, a veces sienten que naufragan, pero agarran su canaleta con fuerza en la búsqueda de la tierra sin mal. Para ellos el mundo está abierto.

*Miembro del Consejo de Redacción de SIC.

Nota: la versión completa de este artículo fue publicada el 22 de abril de 2019 en la web de la revista SIC.

Gracias a todo el equipo de la Red Eclesial Panamazónica en Venezuela y, en especial, a los compañeros que acompañaron esta misión en Pacaraima, Brasil: Peggy Vivas, Monseñor Felipe González, José Luis Andrades, Reyna Roa de Andrade, Reyna (hija) y su pequeño José Ángel, hermana Robertina, Ignacio Murga. Al padre Jesús Boadilla, gran aliado en esta lucha. Y a todos los warao que son protagonistas de su proceso.

NOTAS

- 1 La Congregación de las Hermanas Misioneras de San Carlos Borromeo, Scalabrinianas, fue fundada por el Beato Juan Bautista Scalabrini, en Piacenza, el 25 de octubre de 1895, y tiene como co-fundadores los hermanos P. José Marchetti y Madre Asunta Marchetti. Su misión es el servicio evangélico y misionero a los migrantes, especialmente a los más pobres y necesitados.
- 2 Capítulo de derechos de los pueblos indígenas en el *Informe Anual del Programa Educación-Acción en Derechos Humanos* (Provea) 2017.
- 3 Ibidem.
- 4 Consejo Indigenista Misionero cuestiona medidas inconstitucionales de Bolsonaro contra derechos indígenas. 15 de abril de 2019. Recuperado en: <http://signalc.org/noticias/amazonia/pueblos-indigenas/06-01-2019/consejo-indigenista-misionero-cuestiona-medidas-inconstitucionales-de-bolsonaro-contra-derechos-indigenas>